

*Homilía de D. José Luis Jiménez Manzanique,
en el 16^o aniversario del fallecimiento
de la Sierva de Dios Madre Mercedes de Jesús,
03 - 08 - 2020*

Queridos hermanos sacerdotes, querida Madre Abadesa y Monjas de la comunidad, queridos hermanos todos en el Señor.

En esta tarde, en esta capilla del Monasterio de Monjas Concepcionistas de Alcázar, nos reunimos para recordar a la Sierva de Dios Madre Mercedes de Jesús, a nuestra Madre Mercedes, en el décimo sexto aniversario de su muerte. Y lo hacemos, celebrando esta Eucaristía en el Monasterio que entregó su vida como Concepcionista hasta sus últimas consecuencias. Os invito a que nos acerquemos a su vida, a su experiencia de fe, a su consagración como Monja Concepcionista, a su entrega a Dios por María. Como sacerdotes, como Monjas o religiosas, como fieles cristianos, os invito a que nos preguntemos que nos quiere decir Madre Mercedes en este día, con que quiere iluminar nuestra existencia. Su vida estuvo marcada por un deseo profundo de querer llevar a los hombres a Dios, al Padre, incluso después su muerte. Escribía ella: *Id al Padre... Ésta es mi identidad. Éste es mi cielo: llevar las almas al conocimiento y amor del Padre. Que cuando visiten mi sepultura piensen en el Padre y le amen. Esto es mi mayor recompensa, es mi cielo.* Y es precisamente lo que estamos haciendo en esta tarde.

Os invito a que nos fijemos de forma especial en las lecturas que acabamos de escuchar y que nos ayudan a profundizar en esta espiritualidad Concepcionista que Madre Mercedes quiso sacar a la luz, después de tantos años en el olvido. Después de casi quinientos años desde que Santa Beatriz de Silva fundara la Orden de la Inmaculada Concepción. Madre Mercedes, consciente de lo que el Concilio Vaticano II pedía a la Iglesia y a la Vida Consagrada emprendió una labor de desempolvar el carisma de Santa Beatriz de Silva, carisma que permanecía oculto, carisma que sus hijas no podían vivir en plenitud. Un carisma centrado en María Inmaculada, que nos habla de santidad, que nos habla de paraíso, que nos habla de ese plan de Dios para el hombre de restaurar su imagen empañada por el pecado original.

Hemos escuchado en la primera lectura, de la profecía de Jeremías, un hecho que nos puede sorprender. Para denunciar la infidelidad del pueblo de Israel realiza una acción simbólica y se coloca en el cuello un yugo. El yugo de Jeremías quiere representar el destierro, la pérdida de libertad, la ruptura de la alianza del pueblo de Israel con Dios... imagen del exilio y de la pérdida de la promesa. El pueblo había cargado con el yugo de la idolatría y de la infidelidad. Ese signo físico de alguna manera es signo también de los yugos interiores, de nuestras esclavitudes provocadas por el pecado, provocadas por el orgullo, por la soberbia y por otros pecados. Por eso María Inmaculada, libre de pecado, sin mancha, nos recuerda que Dios nos creó sin pecado, que Dios nos creó para la Santidad, que el pecado no entraba dentro de los planes de Dios. Ésta fue la gran experiencia que tuvo Santa Beatriz, cuando experimentó la prisión en Tordesillas, cuando experimentó esa

experiencia de la Inmaculada, que la llenó de consuelo, que marcó para siempre su vida. Ésa fue la experiencia fundante de la Orden de la Inmaculada Concepción, a la que tantas veces Madre Mercedes contempló y le dio fortaleza. María Inmaculada fue el consuelo de Santa Beatriz, esta es la razón de ser de la Orden de la Inmaculada Concepción, ésta es la razón de ser de la Vida y la obra de nuestra Madre Mercedes. Madre Mercedes nos invita a mirar junto a Santa Beatriz a María. Imitar a María, para poder vivir lejos de lo que esclaviza al hombre: el dinero, las nuevas tecnologías, la fama, el individualismo, la imagen, el qué dirán, afectos desordenados,... Todo ello nos esclaviza, nos ata... Cuántas cosas nos atan, cuántas situaciones nos atan y no nos dejan vivir según la voluntad de Dios. Cuántas veces nos atamos a personas o circunstancias que son estériles, que no nos conducen a la felicidad plena porque son pasajeras, cuántos apegos. Nos decía Madre Mercedes: *Contemplando a María Inmaculada, su pureza, su santidad, su armonía, su dulzura, su paz, su bondad, su amor entendemos cómo nos creó Dios, y qué amor derrochó para crearnos inefablemente grandes.*

El pueblo de Israel no cumplió las promesas, no fue fiel a la Alianza. Los profetas recordaron al pueblo que no iba por el buen camino, que volviera su mirada, su corazón a Dios que tiene entrañas de Misericordia. Los profetas denunciaron los excesos y los extravíos del pueblo,... La espiritualidad Concepcionista nos recuerda también, como un faro en medio de las tempestades de nuestro mundo que volvamos nuestra mirada a Dios que es el Amor perfecto. *Id al Padre...* nos dice Madre Mercedes, sólo en Dios podremos encontrar el descanso y la felicidad de nuestra vida. *María Inmaculada, en el misterio de su santidad original, será el lucero que ilumine al hombre y le haga retornar al amor y conocimiento del Padre,* nos decía Madre Mercedes. Y esto sólo podremos llevar a cabo si convertimos nuestro corazón. Así lo decía Madre Mercedes: *Cristo busca cambiar al hombre desde dentro, desde ahí hacerle caminar hacia el Padre, hacia la conversión.* Conversión de nuestra vida, conversión de nuestros afectos, cambio... es lo que nos pide el Señor en esta tarde, como también le pedía al pueblo de Israel a través de Jeremías.

En segundo lugar, os invito a que nos fijemos de forma especial en el Evangelio que acabamos de escuchar. Hoy san Mateo nos presenta un pasaje que todos conocemos. Jesús después de haber realizado la multiplicación de los panes, se retira a orar y los discípulos se embarcan hacia la otra orilla. Jesús se retira a orar a un lugar desierto... ora a su Padre Dios... estamos en un Monasterio de Monjas Concepcionistas, de Monjas contemplativas... Madre Mercedes se entregó a la oración. Fue un alma orante, que era precisamente lo que daba densidad a su vida. Cuántos sacrificios, cuántos momentos de oración ante Jesús Sacramentado, cuánto fervor ponía en la oración... ahí pudo encontrar la paz en medio de las tempestades y dificultades de su vida. Pudo descubrir, como nos narra hoy el Evangelio, que con Jesús nada hay que temer.

Volviendo otra vez nuestra mirada al Evangelio, Jesús consciente de la situación de sus discípulos se les acerca andando sobre las aguas... *Ánimo soy yo, no tengáis miedo.* La impulsividad de Pedro choca de frente con su debilidad. Los vientos y las olas le recuerdan con fuerza que no confía lo suficiente en Jesús que compasivo, lo sujeta para que no se hunda en el mar de la desesperación. Jesús extiende su mano no para recriminar, sino para ayudarnos. Jesús nos extiende su mano a cada uno de nosotros, para que no nos hundamos en tantas y tantas circunstancias de nuestra vida, cuando nos fallan las fuerzas, cuando el cansancio y el agotamiento hacen mella en nosotros. En medio de los peligros de cada día, tenemos que tratar de buscar siempre la voluntad de Dios.

Madre Mercedes procuró siempre buscar la voluntad de Dios, frente a las dificultades, frente a los desalientos y los sinsabores, que fueron muchos. Nunca perdió la confianza en el Señor porque tenía claro que su vida era *vivir sólo de fe con Dios solo* (pilar de su vida) Y la fuente de esta característica de la espiritualidad concepcionista, de estar siempre en la presencia de Dios, de buscar en todo la voluntad de Dios la encontró en María Inmaculada y como fiel hija, en Santa Beatriz de Silva. Repitiendo en su vida el *he aquí la esclava del Señor*, de la Virgen.

Si nos miramos a nosotros mismos y al mundo que nos rodea, también podemos descubrir que en los momentos de dificultad, en los momentos de crisis, de prueba, como el pueblo de Israel, podemos caer en la tentación de desandar el camino emprendido, de tirar la toalla, alejándonos de Dios, cuantas veces como Pedro sentimos que nos hundimos, que nos fallan las fuerzas.hoy al mirar la Vida de Madre Mercedes, podemos descubrir que sólo la vida enraizada en Dios, que sólo la vida en la que Dios está siempre presente puede vencer las dificultades y el desánimo, y así poder dar mucho fruto. Pero para ello tenemos que cambiar nuestra mentalidad, nuestro corazón, como lo tuvo que cambiar el pueblo de Israel, que tiene que dejarse amar por el Señor. Así lo dice Madre Mercedes refiriéndose a María Inmaculada: *Dios tiene ojos de eternidad, y nosotros muy de tierra, y hemos de cambiarlos para agradarle, para dejarnos amar por él, como se dejó María*. Cambiar nuestra mirada para tenerlo siempre presente y ver sus huellas en nuestro día a día, sabiendo que el gran protagonista de nuestra vida no somos nosotros sino Dios.

Pidamos al Señor, que al rezar por la Sierva de Dios Madre Mercedes en esta Eucaristía, nos llenemos también de su deseo de querer vivir sólo en la presencia de Dios, de querer encontrarnos con Él, despojándonos de todo lo que nos estorba para su encuentro, porque sabemos que Cristo nos da su mano, para que no decaigamos.

Y quisiera terminar, haciéndoos una petición, por un lado, quisiera pedir que recemos por la causa de Beatificación de la Sierva de Dios Madre Mercedes, que nos encomendemos a ella, que le pidamos favores y gracias, para que pronto veamos su nombre entre el de los santos. Y por otro lado que por su intercesión el Señor mande vocaciones a su Iglesia, de forma especial a este Monasterio de Monjas Concepcionistas.

D. José Luis Jiménez Manzaneque
Sacerdote de la diócesis de Ciudad Real